

La esperanza cristiana en la encíclica *Spe Salvi* (Salvados en esperanza)



Fredy Parra C.

*Profesor de la Facultad de Teología,
P. U. Católica de Chile*

En una época como la nuestra, marcada por una crisis de esperanza y de temporalidad, Benedicto XVI recuerda con fuerza que hay futuro, hay una meta que da sentido al presente histórico.

Subraya el carácter esencialmente comunitario de la salvación cristiana: la fe y la esperanza cristianas establecen una comunión desde el presente de la salvación que no se interrumpe ni siquiera después de la muerte.

El papa Benedicto XVI nos vuelve a sorprender y a iluminar, en esta oportunidad con la encíclica *Spe Salvi*, reflexionando sobre un aspecto central de la fe y experiencia cristianas: *la esperanza*.

Recordemos que en la primera publicada nos entregaba una interesante y profunda reflexión sobre el amor cristiano (*Deus caritas est*). De esta manera, permite centrar el debate teológico en torno a dos de los ejes centrales de la fe cristiana que no se puede comprender sino en íntima relación con el amor y la esperanza, más aún cuando, como se ha demostrado en la encíclica que presentamos, fe y esperanza son conceptos intercambiables en importantes pasajes bíblicos del Nuevo Testamento. En una época como la nuestra, marcada por una

crisis de esperanza y de temporalidad, el Papa recuerda con fuerza que hay futuro, hay una meta que da sentido al presente histórico; en una palabra, hay historia y movimiento hacia la novedad, hacia la comunión y plenitud en Dios.

Con la misma energía subraya el carácter esencialmente comunitario de la salvación cristiana. Es decir, la fe y esperanza cristianas establecen una comunión desde el presente de la salvación que no se interrumpe ni siquiera después de la muerte. De este modo reitera el pensamiento teológico al respecto y especialmente lo señalado por el Concilio Vaticano II (cf. Vat. II, LG, 49-51), acerca de la verdad y sentido de la comunión de los santos. La unidad actual en el Cuerpo místico de Cristo se extiende más allá de los límites espacio-temporales:

“así, pues, hasta que el Señor venga... y destruida la muerte, le sean sometidas todas las cosas (cf. 1 Co, 15, 26-27) de sus discípulos, unos peregrinan en la tierra; otros, ya difuntos, se purifican; y otros, finalmente, gozan de la gloria, ‘contemplando a Dios mismo, Uno y Trino, tal como es’, mas todos, en forma y grado diverso, vivimos unidos en una misma caridad para con Dios y para el prójimo y cantamos idéntico himno de gloria a nuestro Dios” (LG 49).

La dimensión comunitaria y social de la vida eterna “se erige entonces como instancia crítica de las múltiples *insolidaridades* reinantes en la vida temporal y como dinámica estimulante de su superación. El dogma cristiano de la comunión de los santos refuta el dogma laico del *homo homini lupus*, la aceptación fatalista de una humanidad indefectiblemente conflictiva. Si es cierto ese dogma cristiano, no es cierto que los hombres y los grupos humanos sean naturalmente irreconciliables, *puesto que están llamados a un destino de conciliación y comunión...*

En esta encíclica se plantean contribuciones esenciales al debate filosófico político de la actualidad. Una de ellas es la revalorización de la libertad y la razón como partes integrantes no solo de las metas sino esencialmente de los procesos sociopolíticos.

La comunidad cristiana ha de ser signo sacramental de la fraternidad escatológica, que, además de *esperar* lo significado, *obra* lo que significa¹, señala acertadamente el teólogo Juan Luis Ruiz de la Peña.

En la reflexión crítica sobre el obrar en la edificación del mundo se plantean contribuciones esenciales al debate filosófico político de la actualidad. La revalorización de la libertad y la razón como partes integrantes no solo de las metas sino esencialmente de los procesos sociopolíticos. El énfasis en que el hombre requiere convicción y libertad para adherir o no al ordenamiento sociopolítico y que este es siempre una tarea abierta,

constituye un aporte al debate actual en torno a la profundización de los sistemas democráticos. La insistencia en que razón y fe se necesitan mutuamente para realizar su verdadera misión actualiza el importante debate, de enero de 2004, entre el filósofo Jürgen Habermas y el entonces cardenal Joseph Ratzinger.

En fin, a propósito de los límites de la esperanza intrahistórica, la ambivalencia del progreso y de la justicia, es notable el diálogo crítico que el Papa establece con los grandes pensadores de la *teoría crítica de la Escuela de Frankfurt*, Horkheimer y Adorno, quienes se inscriben en una línea de pensamiento neomarxista. El Papa cita explícitamente a Adorno en relación con la necesidad de redimir no solo el sufrimiento presente sino también el pasado. Recordemos otro conocido pasaje de Horkheimer que expresa nítidamente su conciencia de los límites de nuestras posibilidades históricas: “la teología es (...) la espe-



ranza de que la injusticia no pueda tener la última palabra. (...) La aspiración a una sociedad perfecta (...) jamás podrá hacerse realidad en la historia secular; de hecho, aun en el caso de que una sociedad mejor llegara a reemplazar al actual desorden, no por ello quedaría reparada la miseria del pasado ni se suprimiría el actual sufrimiento de la naturaleza².”

Por su parte, Benedicto XVI se manifiesta convencido “de que la cuestión de la justicia es el argumento esencial o, en todo caso, el argumento más fuerte en favor de la fe en la vida eterna. La necesidad meramente individual de una satisfacción plena que se nos niega en esta vida, de la inmortalidad del amor que esperamos, es ciertamente un motivo importante para creer que el hombre esté hecho para la eternidad; pero solo en relación con el reconocimiento de que la injusticia de la historia no puede ser la última palabra en absoluto, llega a ser plenamente convincente la necesidad del retorno de Cristo y de la vida nueva” (nº 43).

Entretanto, es insoslayable la solidaridad activa con los que sufren. Asumir solidariamente el sufrimiento es un elemento irrenunciable de humanidad (nº 39) y los esfuerzos por un mundo más humano se ven alentados y fundamentados por la esperanza en la resurrección de los muertos, único evento consumidor de la historia capaz de rescatar la historia personal, social, cósmica y de redimir, en fin, toda miseria del pasado.

¹ J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *La pascua de la creación. Escatología*, Ed. BAC, Madrid, 1986, p. 218.

² M. HORKHEIMER, *La nostalgia de lo totalmente otro*, en *VV. AA, A la búsqueda del sentido*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1976, 103-106. Cf. M. HORKHEIMER – Th. ADORNO, *Dialéctica de la Ilustración*, Fragmentos filosóficos, Ed Trotta, 2004.



Formulo estas consideraciones tras haber leído atentamente la nueva encíclica, cuyos contenidos fundamentales paso a reseñar a continuación.

UNA ESPERANZA ACTIVA

Ser cristiano es tener esperanza. La salvación es en esperanza (Rm 8, 24). De hecho, en diversos pasajes del Nuevo Testamento, se establece una equivalencia entre 'fe' y 'esperanza' (*Heb 10, 22-23; 1 Pe 3, 15; Ef 2, 12; 1 Ts 4, 13*). Desde los inicios es claro que lo que más distingue a los cristianos es "el hecho de que ellos tienen un futuro: no es que conozcan los pormenores de lo que les espera, pero saben que su vida, en conjunto no acaba en el vacío" (nº 2)³.

Más que "informativo", el Evangelio es "performativo" porque transforma la existencia en la medida en que creemos y seguimos a Jesucristo, quien hace posible desde ya la comunión con el Dios vivo que "transforma desde dentro la vida y el mundo" (nº 4; cf. nº 2, nº 7, nº 9). En suma, la fe "atrae al futuro dentro del presente, de modo que el futuro ya no es el puro 'todavía-no'. El hecho de que este futuro exista cambia el presente" (nº 7). Por lo mismo, la esperanza cristiana es una esperanza activa (cf. nº 34). "Toda actuación seria y recta del hombre es esperanza en acto" (nº 35). En todo caso, el reino

de Dios es siempre un don y por ello no lo construimos con nuestras fuerzas, sino *con y por* la gracia de Dios. No obstante, "sigue siendo siempre verdad que nuestro obrar no es indiferente ante Dios y, por tanto, tampoco es indiferente para el desarrollo de la historia" (nº 35).

El hombre no sólo hace, también padece, sufre, y, en consecuencia, la esperanza cristiana no puede ignorar el sufrimiento ni a los que sufren. Es deber tanto de la justicia como del amor hacer todo lo posible para superar el sufrimiento, pero, dada nuestra finitud, eliminarlo por completo no depende de nosotros. Sólo el Dios que entra en la historia y sufre en ella puede superar el mal (cf. nº 36, nº 39) Este Dios con rostro humano "es el fundamento de la esperanza" y "sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda su sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por su naturaleza es imperfecto" (nº 31; cf., nº 27, nº 35).

DIMENSIÓN COMUNITARIA E HISTÓRICA

El Papa reitera en varios momentos la insoslayable dimensión comunitaria de la esperanza. Cita al teólogo jesuita Henri de Lubac⁴, quien "ha podido demostrar basándose en la teología de los Padres en toda su amplitud, que la salvación ha sido considerada siempre como una realidad comunitaria" (nº 14). Es más, señala el Papa, "estar en comunión con Jesucristo nos hace participar en su ser 'para todos'" (nº 28, cf. nº 34).

Junto con ser comunitaria, la esperanza concierne a la historia y a la edificación del mundo. Es cierto que la vida prometida "se refiere a algo que está ciertamente más allá del mundo presente, pero precisamente por eso tiene que ver también con la edificación del mundo (cf. nº 15, nº 35). Por lo mismo, Benedicto XVI dialoga críticamente con los modelos de transformación de la historia que se han dado en el marco de la cultura moderna comenzando por el proyecto científico de Francis Bacon (nº 16). A partir de aquí, comenta el Papa, la redención se espera de la correlación entre ciencia y praxis y la fe, sin negarse, queda desplazada a la dimensión privada y ultramundana resultando de ese modo irrelevante para el mundo. La esperanza se transforma en "fe en el progreso" y "gracias a la sinergia entre ciencia y praxis" surgirá un mundo totalmente nuevo (cf. nº 17), caracterizado por el dominio creciente de la razón y por la superación de toda

El énfasis en que el hombre requiere convicción y libertad para adherir o no al ordenamiento sociopolítico y que este es siempre una tarea abierta, constituye un aporte al debate actual en torno a la profundización de los sistemas democráticos.

¹ Todas las referencias al texto se hacen indicando cada vez el número (nº) del párrafo correspondiente.

² HENRI DE LUBAC, *Catholicisme. Aspects sociaux du dogme*, Paris, 1983, (ed. cast. *Catolicismo. Aspectos sociales del dogma*, Ed. Encuentro, Madrid, 1988).

dependencia. En términos políticos, “se espera el reino de la razón como la nueva condición de la humanidad que llega a ser totalmente libre” (nº 18).

En este contexto, critica la propuesta de Karl Marx porque, en el fondo, “ha olvidado que la libertad es siempre libertad, incluso para el mal. Creyó que una vez solucionada la economía, todo quedaría solucionado. Su verdadero error es el materialismo: en efecto, el hombre no es sólo producto de condiciones económicas y no es posible curarlo desde fuera creando condiciones económicas favorables” (nº 21). A continuación, el Papa subraya la necesidad de “una autocrítica de la modernidad en diálogo con el cristianismo”. En este intercambio crítico “los cristianos tienen también que aprender de nuevo en qué consiste realmente su esperanza, qué tienen que ofrecerle al mundo y qué es, por el contrario, lo que no pueden ofrecerle” (nº 22). Este nuevo aprendizaje permite descubrir algunas orientaciones fundamentales para la acción en la historia; en ningún caso se trata de renunciar a la razón: “La razón es el gran don de Dios al hombre, y la victoria de la razón sobre la irracionalidad es también un objetivo de la fe cristiana”.

Y la razón es auténticamente humana, puntualiza Benedicto XVI, “si es capaz de indicar el camino a la voluntad, y esto solo lo puede hacer si mira más allá de sí misma”, esto es, si se abre a las dimensiones éticas y a las potencialidades de la fe (cf. nº 23). Es más, insiste el Papa, “la razón necesita de la fe para llegar a ser totalmente ella misma: razón y fe se necesitan mutuamente para realizar su verdadera naturaleza y su misión” (nº 23).

Asimismo, cabe tomar conciencia de la ambigüedad del progreso histórico. Al respecto, cita a Theodor W. Adorno, pensador neomarxista, quien a mediados del s. XX expresó de manera drástica la incertidumbre de la fe en el progreso y llamó la atención sobre la ambigüedad del progreso. En efecto, si el progreso técnico-científico no va acompañado de un progreso ético se puede convertir –y de hecho se ha convertido– en una amenaza para la humanidad y el mundo. Al respecto es necesario considerar que el progreso acumulativo solo se da en el plano material y no necesariamente en el ámbito de la ética, y, en consecuencia, el acervo moral “existe como invitación a la libertad y como posibilidad para ella”. Esto implica que “las buenas estructuras ayudan, pero por sí solas no bastan. El hombre nunca puede ser redimido solamente desde el exterior” (nº 25; cf. nº 27). “La libertad necesita una convicción; una convicción no existe por sí misma, sino que ha de ser conquistada comunitariamente siempre de nuevo” y “la libertad

debe ser conquistada para el bien una y otra vez” (nº 24). Esto implica, en suma, que la búsqueda y construcción de un orden recto y adecuado para la sociedad “es una tarea de cada generación; nunca es una tarea que se pueda dar simplemente por concluida” (nº 25).

“LA HORA DE LA JUSTICIA” Y LA VIDA ETERNA

El Credo de la Iglesia concluye con las palabras: *‘de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos’*. “La fe en Cristo nunca ha mirado sólo hacia atrás ni sólo hacia arriba, sino siempre adelante, hacia la hora de la justicia que el Señor había preanunciado repetidamente. Este mirar hacia adelante ha dado la importancia que tiene el presente para el cristianismo” (nº 41).

El Papa constata que en nombre de la moral, el ateísmo de los siglos XIX y XX ha pensado que “un mundo en el que hay tanta injusticia, tanto sufrimiento de los inocentes y tanto cinismo del poder, no puede ser obra de un Dios bueno”, y ha creído que el mismo hombre “está llamado a establecer la justicia”.

Al respecto, el Papa sostiene que “un mundo que tiene que crear su justicia por sí mismo es un mundo sin esperanza. Nadie ni nada responde del sufrimiento de los siglos. Nadie ni nada garantiza que el cinismo del poder –bajo cualquier seductor revestimiento ideológico que se presente– no siga mangoneando en el mundo” (nº 42). Dialoga críticamente con los pensadores de la escuela de Frankfurt, Max Horkheimer y Theodor W. Adorno. Ambos han criticado

tanto el ateísmo como el teísmo y, “en una radicalización extrema de la prohibición veterotestamentaria de las imágenes”, renuncian a toda imagen divina y a la vez afirman que la justicia, una verdadera justicia, requeriría un mundo “en el cual no solo fuera suprimido el sufrimiento presente, sino también revocado lo que es irrevocablemente pasado” (nº 42).

Benedicto XVI sostiene que “es imposible abandonar toda imagen⁵ como querrían Horkheimer y Adorno. En verdad, “Dios mismo se ha dado una ‘imagen’: en el Cristo que se ha hecho hombre. En Él, el Crucificado, se lleva al extremo la negación de las falsas imágenes de Dios. Ahora bien, Dios revela su rostro precisamente en la figura del que sufre y comparte la condición del hombre abandonado por Dios, tomándola consigo. Este inocente que sufre se ha convertido en esperanza-certeza:

Benedicto XVI se manifiesta convencido “de que la cuestión de la justicia es el argumento esencial o, en todo caso, el argumento más fuerte en favor de la fe en la vida eterna”.

⁵ En todo caso, precisa el Papa, “también el cristianismo puede y debe aprender siempre de nuevo de la rigurosa renuncia a toda imagen, que es parte del primer mandamiento de Dios (cf. Ex 20,4). La verdad de la teología negativa fue resaltada por el IV Concilio de Letrán (1215, DS 806), el cual declaró explícitamente que, por grande que sea la semejanza que aparece entre el Creador y la creatura, siempre es más grande la desemejanza entre ellos” (nº 43). Este criterio, válido para toda la teología, se hace más necesario cuando se trata de las realidades últimas. Por ello, las representaciones de la vida eterna resultan siempre inadecuadas. De ahí la importancia del lenguaje analógico, conceptual o metafórico, y de la teología negativa para expresar la esperanza cristiana. A propósito, es conocida la catequesis de Juan Pablo II del 21 de julio de 1999 cuando al hablar sobre el *Cielo* dice: “es preciso mantener siempre cierta sobriedad al describir estas *realidades últimas*, ya que su representación resulta siempre inadecuada. Hoy el lenguaje personalista logra reflejar de una forma menos impropia la situación de felicidad y paz en que nos situará la comunión definitiva con Dios”.

Dios existe... Sí, existe la resurrección de la carne⁶. Existe una justicia⁷. Existe la 'revocación' del sufrimiento pasado, la reparación que restablece el derecho. Por eso la fe en el Juicio final es ante todo y sobre todo esperanza, esa esperanza cuya necesidad se ha hecho evidente precisamente en las convulsiones de los últimos siglos" (nº 43).

Efectivamente, el Nuevo Testamento enseña que finalmente habrá justicia y que la verdad oculta de cada cual se conocerá en el momento de la muerte. La fe de la Iglesia sostiene que, inmediatamente después de la muerte, puede haber comunión con Dios y los bienaventurados o purificación escatológica, así como también puede haber condenación eterna⁸.

La esperanza sigue mirando hacia adelante y se pregunta, en fin, por el horizonte absoluto de lo que realmente deseamos y esperamos. "De algún modo deseamos la vida misma, la verdadera, la que no se vea afectada ni siquiera por la muerte" (nº

12). Jesucristo, "verdadero pastor", vencedor de la muerte, nos guía más allá de la muerte (cf. n 6, nº 27) y nos conduce a la Vida. La esperanza de la vida verdadera y eterna, que supone la resurrección de la carne, supera ampliamente toda comprensión y representación (nº 12-13). Sin embargo, algo podemos balbucear: "quien ha sido tocado por el amor empieza a intuir lo que sería propiamente *vida*". La vida verdadera y eterna que, "totalmente y sin amenazas, es sencillamente vida en toda su plenitud" (nº 27) en la que estaremos "desbordados simplemente por la alegría" (nº 12). **MSJ**

Si el progreso técnico-científico no va acompañado de un progreso ético se puede convertir –y de hecho se ha convertido– en una amenaza para la humanidad y el mundo.

⁶ *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 988-1004.

⁷ *Ibíd.*, n. 1040.

⁸ Opciones libres que se han "fraguado en el transcurso de toda la vida" pueden tener como consecuencia "formas provisionales" de bienaventuranza o condenación, conforme a la idea del judaísmo antiguo sobre la condición intermedia entre muerte y resurrección que se hace presente en la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro (cf. Lc 16, 19-31). Inmediatamente después de la muerte puede haber comunión con Dios y los bienaventurados (*Catecismo*, nn. 1023-1029) como también perdición definitiva, una "autoexclusión definitiva de la comunión con Dios y con los bienaventurados", situación "que se designa con la palabra '*infierno*'" (*Catecismo*, nº 1033). Ahora bien, más allá de ambas situaciones extremas, añade Benedicto XVI, lo más normal es que en gran parte de los hombres quede, "en lo más profundo de su ser una última apertura interior a la verdad, al amor, a Dios" y requieran ser purificados, en el encuentro con el Señor, Juez y Salvador (nº 48), a fin de madurar plenamente para la comunión definitiva con Dios (nº 47), en un "tiempo del corazón, tiempo del 'paso' a la comunión con Dios en el Cuerpo de Cristo" (nº 47; cf. *Catecismo*, nn. 1030-1032). El Papa reitera, una vez más, el carácter comunitario de la salvación cristiana, destacando la convicción -heredada del judaísmo antiguo- de que se puede ayudar a los difuntos en su condición intermedia a través de la oración (cf. por ejemplo, 2 Mc 12,38-45; siglo I a. C.).

